

ACTIVIDAD MENTAL Y PENSAMIENTO EN LA TEORIA POLITICA MODERNA

Javier Roiz

Universidad de Saint Louis. Madrid

RESUMEN

En el pensamiento moderno hay una tendencia muy definida a identificar el pensamiento con la actividad mental. Se da por sentado erróneamente que siempre existe pensamiento en una mente viva. Según esto parar de pensar es dejar de existir. Esta concepción del pensar implica una separación drástica entre el mundo interno del "yo", ámbito del pensamiento, y un mundo externo al "yo" que sería el espacio donde transcurre la acción. La separación interno/externo se corresponde con la de pensamiento/accción. El autor rechaza esta exposición de la vida humana y argumenta que el pensamiento es un fenómeno artificial y creativo que no es fácil de producir. Por otra parte ese pensamiento requiere de la contribución de funciones elevadas de la vida humana, como la capacidad de imaginación y la cooperación grupal o social, para producirse.

ABSTRACT

There is a strong tendency in modern thought to identify mental activity with thinking. It is wrongly assumed that in the human mind some sort of thinking is always going on. According to this discernment of mental life, to stop thinking equates to stop being. This perception of thinking implies a clear-cut separation of an inner world of the "I", the realm of thinking which encloses a perpetual stream of thought, from an outer world where action takes place. The separation inner/outer corresponds to thinking/ac-tion. The author claims that this is a distorted vision of human life and argues that thinking is an artificial and creative phenomenon which is actually rare and, for sure, not easy to produce. Genuine thinking requires the contribution of sophisticated functions of human mind, such as the capacity for imagination as well as group and social cooperation.

Pensamiento, acción y ejecución

En cada acción posible de un ser humano hay siempre una mezcla de actividad mental y ejecución. El pensamiento está siempre presente en cualquier acto humano, como estrategia, meditación, visualización o cálculo se-

mi-consciente; y, al mismo tiempo, el pensamiento abarca a la actividad mental consciente e inconsciente. En la mayoría de los casos, el pensamiento opera desplegándose en constante interacción con objetos internos y externos. El pensamiento verbal y no verbal es siempre una parte esencial de la actuación humana. Pensar es fundamental para fundar una realidad y para dotar de significado a una realidad generada por un agente pensante.

Uno de los lugares comunes de la modernidad ha sido la identificación de ser con pensamiento. Los idealistas alemanes estaban preocupados por la correspondencia entre conocimiento y realidad. Friedrich Schelling lo expresó claramente:

El principio de ser y pensar es uno y el mismo (1).

En esta escuela, y enterrados en la aglutinación de ideas y realidad que ha nutrido el idealismo moderno, encontramos momentos de decepción porque el pensamiento se queda sin poder mental para controlar.

A veces encontramos algo como eso (palabrería romántica) atravesando nuestras cabezas sin saber qué hacer con ello ... La organización de la naturaleza siempre me ha chocado por sorprendente y por ser una especie de sima del pensamiento (2).

La deconstrucción del ser y del pensar es una ardua tarea a realizar en la teoría política contemporánea, que con razón se considera hija de la Ilustración y del Romanticismo. En su afán de clarificación, la modernidad ha intentado producir un pensamiento metafísico por encima de todas las contingencias y, por tanto, eterno. Así previó Immanuel Kant el sistema de su filosofía crítica:

El sistema de la crítica (de la razón pura) descansa en un fundamento plenamente asegurado, establecido para siempre (3).

De hecho Kant estaba más convencido de la perfección de su manera de pensar que de la enjundía de su pensamiento. Kant estuvo siempre trabajando en una crítica de la función del conocimiento, y su metafísica vino a ser un estudio en profundidad del mecanismo del pensamiento moderno, que no es atemporal puesto que se alimenta del tiempo, pero que tampoco está sujeto a él (4). Pensar es, pues, una realidad presente, es ser. Giovanni Gentile alcan-

zó el clímax de este modo de razonar cuando llegó a la conclusión de que "el presente es lo eterno, una negación de todo el tiempo" (5).

Es bien sabido que Georg W.F.Hegel, a su manera, se veía a sí mismo como culminación de la filosofía y de la religión, y Karl Marx y Sigmund Freud se presentaban a sí mismos como sus cierres históricos. No obstante, la identidad de ser y el pensamiento trajo como consecuencia que *la vida moderna confundiera el pensamiento con el producto de la actividad mental sin fin*. A comienzos del siglo XX, no ya el fruto de la mente, sino el resultado de la vida mental fue considerado pensamiento. La tradición moderna pervertida que identificaba ser con pensamiento hizo posible un paso ulterior que separaba la función, el pensar de su resultado, el pensamiento:

Una cosa es el acto, el pensar, otra es lo *que se piensa*, lo opuesto a pensar (6).

De aquí en adelante, la mente se va a convertir en acción pura, "acto puro, fuera del cual no hay nada que no sea abstracción" (7).

Los utilitaristas modernos, en oposición a los idealistas, comprendieron los orígenes de la actividad mental como el resultado de la afección de los objetos externos en los sentidos. Dentro de este esquema la acción descansa en los objetos externos, que en sus movimientos afectan a nuestros sentidos y provocan corrientes internas de acción mental. La acción externa y el movimiento son, según ellos, los padres del pensamiento. Conviene advertir aquí cómo la acción pasa del mundo externo al mundo interno. Por esta razón Tanabe Hajime reseña el hecho de que para la filosofía moderna "acción es siempre unidad del mundo interno y externo" (8). En la psicología del pragmatismo, la corriente de actividad mental, una especie de "corriente del pensamiento" en el sentido de David Hume, era vagamente identificada con el pensar. William James empieza el capítulo que dedica a esa "corriente de pensamiento" con una sentencia atrevida:

El primer hecho para nosotros, pues, como psicólogos es que siempre hay pensamiento de alguna clase en marcha (9).

El activista, el hacedor moderno que intenta deshacerse de la duda y la ineficacia, es él mismo un resultado de la modernidad, porque no sólo el idealismo, sino otra gran línea de pensamiento moderno, la utilitaria, ha lle-

gado de manera similar al mismo fin. Esto es más que evidente en la tradición marxista, hija ella misma del idealismo alemán y de la economía política británica, o sea, del utilitarismo radical. Diferentes escuelas ideológicas han estado argumentando en Europa Durante dos siglos sobre la distinción entre pensamiento y acción, *les ideologues* y *les hommes de'action*, pero todas ellas coincidían en esta confusión original de *pensamiento* y *actividad mental*.

La derecha occidental ha estado haciéndose a sí misma una pregunta perpetua: "¿Se puede estar sin pensar, si el ser es esencialmente pensamiento o, más bien, pensamiento en sí?" (10). La izquierda, razonablemente sospechosa de todo lo que pueda ser recordatorio del espiritualismo, ha mantenido la distancia barroca entre pensamiento y acción y, para superar su mutua exclusión, ha recurrido a un despliegue histórico de la mente a través del tiempo. El marxismo nos explica que una síntesis, o sublimación, de pensamiento y acción en una unidad dialéctica suprema es factible. Pero esta explicación, aunque no lo parezca, es muy racionalista, ya que lleva implícito el arcaísmo de considerar a priori la acción como resultado humano privado de pensamiento. Es más, Marx acepta la misma tradición occidental según la cual pensar es también acción, manteniendo una posición que concuerda con la definición de Gentile de que "la mente es puro acto" (11). Pensar es también para Marx actividad mental. Simultáneamente, Marx está seguro de que todo el pensamiento, desde los mitos culturales hasta la religión, desde la ciencia hasta la filosofía, es el resultado de la confrontación humana con realidades externas y consecuentemente un producto de la comunidad política; lo que significa que, como resultado que es del proceso de producción en una sociedad de clases, tiene que estar por necesidad teñido de ideología. Por la misma razón, a pesar de lo que se pueda decir en contrario, la tradición marxista está condenada a quedarse atascada en contextualización y escatología.

La cultura norteamericana actual es un buen ejemplo de esta "perversidad" o, en palabras de Friedrich Nietzsche, de este desasosiego moderno (12). Cada norteamericano es constantemente bombardeado con la sugerencia de convertirse en un "hacedor", en lugar de un "pensador" al estilo europeo. Hacer es algo así como un estado de gracia en el que *no se producen pensamientos*, es un trance en el que *sólo la acción brota*. Naturalmente, nadie se atrevería a decir que actúa sin utilizar su cerebro. Todo el mundo es consciente de que para actuar hay que recurrir a la estrategia y a la habilidad.

Pero eso, claro está, es tan sólo actividad mental pura conectada a las necesidades de la experiencia. A veces uno tiene la impresión de que esta actitud asocia el pensamiento solamente con ciertas secuelas de la acción, bien sean éstas capacidades de restauración del pensamiento -culpa, reproche, remordimiento o arrepentimiento-, o bien sean inhibiciones mentales para actuar. Ninguna otra sociedad responde mejor que la norteamericana al ideal maquiavélico del actor:

Es mejor actuar y arrepentirse que no actuar y arrepentirse (13)

La identificación de pensamiento con el ser activo ligaba la cuestión del pensamiento maligno al problema moral de la existencia del mal, del mal esencial. Para los modernos, la existencia del mal en las relaciones humanas, en el mundo externo, se refleja en la existencia de un pensamiento maligno en el mundo interno. Por eso, para el pensamiento postmoderno el nihilismo se convierte en un antídoto necesario contra ese mal mental. Nietzsche fue el primero en demandar una lucha contra la rutina y la actividad mental habitual como requisito para pensar:

no es esencial para un librepensador sostener más visiones correctas, sino liberarse de lo que es habitual, ya sea exitoso o desastroso (14).

Cuando un ciudadano moderno se relaciona con objetos amados u odiados, y en particular con amenazas que están fuera de su alcance o su control, su actividad mental se ve inmediatamente afectada por esa situación y dispara un poder subsidiario. Ya que la mente puede actuar como un hígado para digerir la realidad, como una fábrica para producirla o como un arma para destruirla. La actividad mental tiene tantos propósitos como la acción humana, tantas caras como la vida.

Es posible que exista actividad mental vacía, pero no existe nada que sea pensamiento vacío. Pensar es siempre el resultado de la vida producida por el ser humano, lo cual incluye la humanización de algunos objetos y la recreación de otros nuevos. Cuando el pensamiento se frustra, sobreviene la ansiedad, ya que implicará en un sentido la presencia de un peligro doloroso y el retroceso y caída a una posición de pérdida o desvalimiento.

Los humanos estamos dotados para pensar en el dolor y en el peligro. Pensar es una actividad que alimenta el *self* de muchas formas, proporcio-

nándole seguridad, alimento mental, calor. Contrariamente, el pensamiento puede también envenenar el *self*. Del mismo modo que el pensamiento puede ayudar al *self* a encontrarse saludable, el pensamiento puede contribuir a enfermarle. De ahí que pensar sea una actividad de doble filo que puede ser benigna o maligna. Cuando los humanos encaramos situaciones en las que nos vemos en peligro, y no somos lo suficientemente perceptivos como para darnos cuenta de las posibles salidas que puedan existir, nos vemos amenazados por una situación de "angostura" o estrechez mental. En tales circunstancias el pensamiento, bien sea realista o desvariado, sería una de las posibles armas para afrontar la situación.

Hay muchas estrategias de pensamiento que podrían resultar útiles para evitar o cancelar una amenaza. Pero, cuando una amenaza parece ser arrolladora, el pensamiento se ve reforzado a tomar alternativas radicales. Una de las posibilidades siempre disponibles es desconectar la relación sujeto-objeto para cancelar la fuente de angustia. Si la angustia se hace insoportable, la ruptura de la conexión es una forma posible de controlar la ansiedad. Y siempre que el pensamiento se separa de los objetos catectizados, pierde su *pathos* y degenera en actividad mental maligna que aloja los restos del pensamiento roto.

La ruptura de las relaciones sujeto-objeto ofrece en su forma más radical una opción doble, o bien negar el sujeto o bien negar el objeto. En realidad, en ambos casos el individuo problematizado se niega a sí mismo. Cuando la relación rota es esencial, la cancelación producida es en todos los sentidos una mutilación del *self*. Y responde a una necesidad imperiosa, la de parar el dolor irrefrenable producido por la amenaza y también por la relación establecida por un agente vivo, perceptivo, que siente y entiende que él mismo está amenazado.

De acuerdo con lo dicho anteriormente, estar paralizado en presencia de una amenaza peligrosa o ignorarla completamente debe ser igual a correr un peligro de muerte. A pesar de ello, sabemos que la actividad mental lo hace; a veces se encasquilla e impide que se pueda reconocer la gravedad del peligro. En otras ocasiones puede tratar de reconocer la seriedad de la situación. Para ser más exactos se debería decir que pensar no es una actividad orientada a la supervivencia, sino a aliviar el dolor. Y como el dolor es una realidad abierta a la manipulación de la polis, *el pensamiento genuino es un asunto político*. El pensamiento conecta al hombre con la realidad y ocasionalmente la crea, pero, a diferencia de la actividad mental, no se mueve a priori hacia

ninguna meta específica. Es una actividad muy abierta, muy libre, que establece sus propios objetos y objetivos, a pesar de que opera cuando hay tensión. Conecta vacíos, promueve religación, permite al ciudadano vivir con separación física e incluso en aislamiento, en tanto que se las arregle para establecer vínculos que reemplacen a los apoyos perdidos y para crear realidades abstractas.

Un ser humano que se va de alguien o de algún sitio es siempre un portador de objetos internos. Esto se hace auténticamente evidente en aquella gente que intenta liberarse de un mal vínculo abandonando algo o a alguien. Por desgracia, lo llevarán dentro de sí mismos, y la estrategia desembocará en una frustración exasperante.

Dentro y fuera del "yo" moderno

La acción y el pensamiento modernos están interrelacionados de forma natural. Más aún, ambos son causa y consecuencia recíproca. ¿Es ejecutar sólo el paso final predeterminado del proceso de pensamiento?, ¿Es pensar solamente la infraestructura de la ejecución decisiva?. Uno se da cuenta de que de una u otra forma la respuesta más probable a estas preguntas parece ser "sí". Es ciertamente fácil demostrar que a veces un acto es guiado o hasta producido por un pensamiento denso -por ejemplo, el concepto psicoanalítico de *acting out*- (15) mientras que otras veces los actos son los señores de toda una serie de infraestructuras de pensamiento -como en la racionalización freudiana o en el discurso ideológico en el sentido marxista- (16).

El objetivo de separar tan cuidadosamente acción y pensamiento reside en establecer una visión de la vida humana en la que la realidad externa de los individuos -se podría decir lo mismo de grupos o comunidades políticas- se vea segregada de manera limpia y, con ello, estrictamente purificada de su realidad interna. Esta separación pretende mantener a raya, como si fuera un agente contaminante, a la naturaleza de un mundo interno inmanejable que ha requerido mucho tiempo para que la humanidad lo reconozca como suyo. Un mundo interno que ha ocasionado graves problemas en su comprensión *porque está fuera de cualquier control moderno posible*.

La identificación de pensamiento con actividad mental es una estrategia moderna que busca manejar un mundo rico que se percibe con fuerza, a pesar de que no se llega a comprender muy bien, precisamente porque ese mundo no se deja controlar (17). En la medida que aceptamos esta división de la

realidad en dos ámbitos, nos vemos obligados a discriminar cada vez más, y a terminar en el mundo contemporáneo con una visión de la *polis* hecha a medida de la persona; una percepción del mundo que traslada la división interno/externo al interno-nosotros y externo-ellos de la política internacional. A muchas cosas se les cerrará la puerta, y una parte de nuestra experiencia quedará enormemente incoherente e inadaptada. La incapacidad de esta estrategia mental para abarcar todo el alcance de nuestra experiencia está condenada a verse circundada por sabidurías complementarias, tales como religiones "gourmet", manifestaciones artísticas, folklore u otras semejantes. Ninguna visión del mundo intentará nunca aprender la realidad entera. Dicho de otro modo, para la cultura moderna de finales del siglo XX la conducta humana está "sanamente" condenada a la fragmentación.

El ciudadano como actor compulsivo

Si hay algo que defina bien el ego moderno es su decidida confrontación con el inconsciente y con la realidad transpersonal. El ego moderno es un producto de esa deficiente visión de los espacios internos y externos de la vida en la que sólo una de nuestras experiencias, la que está bajo el control de la razón activa, se convierte en definición de toda la realidad. De ahí que para Max Scheler "la persona es un ejecutante de actos" (18). Incluso para Marx, la vida del hombre consiste en actividad sensual viva (19), siendo sensual sólo aquí el perfume superfluo de un atleta muy dinámico.

De acuerdo con esta visión, la acción moderna es la culminación de la vida. No es que la vida de la gente se vea reducida a la acción, sino que más bien la acción es vista como ingrediente necesario de la vida humana para entrar en la realidad. Es fácil ver como la comprensión moderna del *self* nos lleva a considerar la ejecución como la parte más poderosa de la experiencia vital. La ejecución precipita el pensamiento y trae las sustancias abstractas a la realidad. La ejecución promueve la realidad e, incluso, aunque no la crea, sí la amplía y la ensancha. Ejecución y realidad están, por tanto, bien conectadas por esta relación. Siempre que exista una falta de realidad, siempre que uno se sienta un poco fuera de la realidad, la ejecución puede adelantarse y ayudar. Alexander y Margarte Mitscherlich detectaron un ejemplo de esto en la reconstrucción de la Alemania de postguerra:

La forma tan desangelada con la que se puso en marcha de inmediato el trabajo de retirada de escombros -que, en su forma más simple, se tomó como signo de la eficacia alemana- acusaba un elemento maniaco (20).

Para la experiencia moderna, la acción pura cambia la realidad. La acción es considerada como la parte más realista de nuestra experiencia. Y esta es la razón por la que la derecha y la izquierda modernas han llegado con frecuencia al mismo fin, *la militarización del discurso político*. El mismo efecto que Martin Heidegger llamara con otras palabras "la conclusión del dominio europeo del mundo" (21).

Pero esta comprensión tiende a pasar por alto el hecho de que también hay ejecución en el progreso del pensamiento. Las corrientes de pensamiento son asimismo ejecutadas cuando se las trata como programas de *software* y unos procesos mentales conducen a otros. Si aceptamos la visión moderna, acción real es la que tiene lugar en la plaza, en el ámbito público, o al menos afecta a otros ciudadanos. Naturalmente esto es una falacia, ya que nos conduce a una definición de la acción pública y de su intensidad que viene dada por los grupos enteros de gente a los que afecte. En esta línea, el concepto de acción, sus cualidades, su definición, todo depende de la misma visión que lo originó, que es la que pretende validar.

En la modernidad, pensar y actuar deben tener una naturaleza común. Sin embargo, ambas realidades son presentadas por separado para manejar un caos interno abrumador que no se podría entender de otra forma. Cuando el hombre moderno intenta controlar su espacio externo, está simultáneamente intentando organizar un ingobernable caos interno. Esta interpretación a la medida del sujeto o, en palabras de Tanabe, a la medida del poder del *self* que el pensamiento moderno ha construido de la especie humana y de su ambiente, es una estrategia bastante ciega para controlar la vida de los grupos humanos.

La vida como *apropiación*, de René Descartes en adelante, y la vida como *repropiación*, desde Hegel, son ambas tradiciones políticas con un fundamento filosófico que abona la tierra del jardín humanista. Esta es la razón por la que el pensamiento postmoderno debe verselas con el tema de la *deshumanización*.

El desafío postmoderno no es deshumanizar al mundo, sino eliminar la compulsión autoritaria del Ser real de la política humana. En un sentido retorcido, Heidegger tiene razón cuando argumenta que la deshumanización no

es posible, "el intento de deshumanizar es en sí mismo un intento emprendido por el ser humano; por tanto en último lugar permanece la humanización, elevada a una potencia más alta" (22), pero extrañamente ignora que, de acuerdo con su definición de humanización, todo lo que el hombre moderno hace es humanización -y su filosofía, según esto, sería por tanto un canto al humanismo-, ya que es resultado de actividad mental basada en el trabajo de la díada sujeto-objeto o, en palabras de Nietzsche, del "*principium individuationis*". Heidegger se vuelve muy pesimista porque supone que todo el mundo debe estar infectado por la modernidad, ámbito que, según su punto de vista, viene a ser una especie de campo de concentración colosal del *Dasein*. En un sentido, al igual que Marx se volvió el gran poeta *malgre lui* de la burguesía del siglo XIX:

La burguesía ha conseguido maravillas muy por encima de las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha conducido expediciones que dejan en penumbra todos los éxodos de naciones y cruzadas anteriores (23),

Heidegger se convirtió sin quererlo en el cantor fúnebre de la modernidad agonizante del siglo XX.

Hoy en día vemos como nuestra experiencia deja de ser "nuestra". Parte de lo que denominamos como tal es puro *happening* que se origina lejos de nosotros, pero que en un momento dado nos afecta. El concepto agrícola de "posesión", la propiedad del yo, es el origen de un lenguaje trastocado que tiende a creer en la existencia de realidades topográficas. Todos hablamos de espacios, de dentro y fuera, etcétera, pero hoy sabemos que esa serie de conceptos está fuera de contacto con nuestra experiencia cotidiana de conductas compulsivas, de dependencias de instituciones remotas, de un irracionalismo político expresado en las guerras en curso y en la propia carrera nuclear, y de nuevos descubrimientos que nos hablan de lo que la realidad vigente es mediante la divulgación psiquiátrica y sociológica.

Vivimos en un mundo irrefrenable que constantemente nos hace percibir, en lugar de ser nosotros quienes percibamos libremente. Parte de nuestras percepciones quedan fuera de nuestro manejo, de nuestra capacidad de reconocimiento. Nuestras capacidades cognitivas aprehenden sólo una pequeña parte de lo que es arrojado a nuestro interior. La realidad no consciente es tan

importante como los constructos que nuestro yo cognitivo levanta para nosotros. Pero ambas cosas son esenciales.

Para el pensamiento europeo moderno, los componentes activos, la *vita activa*, han sido la espina dorsal de la tarea intelectual, y eso ha producido lo que se denomina el mundo científico racional.

Localizar el centro de la experiencia fuera del individuo y rechazar la división tan a mano de interior y exterior -algo así como rechazar las ventanas utilizadas por el arte- destruye toda una visión del mundo que ha sido elaborada por la pintura clásica europea, un retrato de la realidad que necesitaba jugar con espejos y puertas, perspectivas y sombras. En la tradición pictórica occidental la propia pintura es presentada dentro de un marco y nos sugiere o bien una especie de ventana desde la que se puede ver la esencia de la realidad, incluyendo los mundos internos, o bien la idea de una *teoría* en el sentido griego de Hans Gadamer, que puede romper la rutina cotidiana y abrirnos una realidad intelectual concreta más amplia (24). Ligada a esta actitud genética está la idea de figura y forma externa.

Considerar el yo como una sustancia activada en lugar de como un individuo, le da mucho más poder. Se convierte en una entidad más rica en la que las capacidades conscientes e inconscientes producidas por él o por otros agentes pueden parecer a su servicio. Pero es también mucho más peligroso, ya que esto significa una pérdida de control y un incremento de la sumisión individual a fuerzas ignotas. Este concepto de vida humana hace que la visión previa de la *soberanía* del individuo quede obsoleta, y que ocurra lo mismo con el concepto de *autonomía* que, como hemos estudiado antes, ha sido tradicionalmente la meta última de la mayoría de los pedagogos y psicoterapeutas.

Segmento de fantasía

En la modernidad, la actividad de pensar ha sufrido un cambio físico que ha determinado grandemente su evolución posterior. Hoy, el fruto de la función pensante es objetificado y considerado un producto más de la vida del hombre, una especie de destilación de la cabeza que sale de su ser y se convierte en sustancia psíquica inmaterial. Esta evaluación del pensamiento como algo inmaterial, pero de fuerte influencia en la vida diaria, ha sido posible mediante la elaboración religiosa europea que dejó el alma del hombre desnuda y lista para un estudio a fondo. A resultas de ello, el pensamiento se transformó en un producto espiritual más del sujeto que, una vez extraído de

su productor, se convertía en objeto apto para ser observado cuidadosamente y analizado desapasionadamente. De aquí en adelante, el mismo sujeto que produce pensamiento será quien lo estudie de la misma forma que podría diseccionar las entrañas de una rana. No obstante, como ocurre con cualquier otro producto humano, el pensamiento es susceptible de ser producido con mayor o menor gracia y eficacia, y como tal puede ser extraído o elaborado industrialmente. En este contexto la aparición de factorías de pensamiento en las que se apliquen técnicas de producción, es sólo una cuestión de tiempo. Las técnicas al uso estarán estandarizadas y serán comparables a las que se utilicen en la producción de cualquier otro producto material.

En el siglo XX la apreciación del pensamiento como un producto externo al sujeto hace de él una realidad a la que es fácil aproximarse como un bien público. El pensamiento se convierte en un producto de elevado valor político, enraizado en la esencia de todo tipo de ideologías, estrategias morales o apoyos intelectuales de la actividad política. En todo grupo político va a ser indispensable contar con alguien especializado en la producción de una filosofía que articule y establezca líneas maestras para la actuación organizada del grupo. Para las concepciones de libre mercado, así como para la teoría liberal que resume impecablemente estas concepciones, nunca fue problemático considerar el pensamiento como un bien entre otros muchos, producido por los trabajos y los días de la sociedad y de la creatividad individual. La historia del pensamiento era una línea que corría paralela a la historia del mundo, ya que el pensamiento emanaba de la vida de los pueblos. No hace falta decir que el pensamiento era calificado como una actividad muy ennoblecida que sintetizaba, como ninguna otra era capaz, la progresión del hombre en la historia. El pensamiento era la más alta expresión de la capacidad del hombre para la abstracción, y vino a ser una especie de historia condensada del hombre en la que se reflejaban todas las condiciones de su existencia.

Sincrónicamente a la evolución del liberalismo, la teoría y la praxis marxistas mantuvieron como uno de sus estándares más distintivos que el pensamiento se podía separar de la acción humana integral. El pensamiento, como cualquier otra actividad humana, pero incluso de manera más vigorosa debido a su génesis intelectual, era el resultado de un proceso de producción global de la polis. Por tanto era considerado como una especie de destilación mental de las cabezas humanas de la polis que no podía ser entendida sin comprender a su vez las relaciones productivas establecidas en la comunidad

política y a partir de la cual se habían generado. Además, el pensamiento, como cualquier otra actividad humana, estaba implicado en la acción pública y era de manera natural partisano o beligerante. Para los marxistas, la ideología respondía a un *telos* ilustrado, la emancipación de la humanidad en una era arcaica de cruel lucha de clases, de despotismo y explotación. Sin dicho *telos*, el pensamiento liberal se convertía para los marxistas en una especie de globo flotante sobre la *polis*, a veces pavorosamente cargado de terrores inhibidores, prejuicios manipuladores y mecanismos enloquecidos de formas impensables.

Un marxista actual podría argumentar que la visión de Marx como corrector del pensamiento liberal no es aceptable. Muy probablemente el argumento sería que Marx usaba una lógica nueva, la dialéctica, que no sólo contestaba a las filosofías liberales, sino que más bien las superaba. La base estaba en que la dialéctica era una lógica tan revolucionaria que asumía a ambos, sujeto y objeto, y vencía su oposición mediante su superación. Este es el paso lógico que los marxistas europeos daban en llamar "el salto cualitativo". A pesar de la originalidad de la dialéctica de Hegel, es evidente que Marx se aproximó al estudio de la actividad mental como filósofo del siglo XIX, el siglo de Marx.

Marx entendió el pensamiento como actividad mental encaminada a conectar al hombre con su realidad, pero enfatizando que entendía el pensamiento como expresión de relaciones de producción concretas; prácticamente como una especie de inmanencia que las explicaba. A diferencia de la inmanencia metafísica, las relaciones de producción de Marx son causas reales, concretas, verificables que se pueden probar empíricamente y sobre las que se puede trabajar. En el pensamiento de Marx la explicación de la realidad viene emparejada a su transformación. La realidad sólo puede ser entendida mientras es transformada revolucionariamente. Teoría y praxis deben ir juntas. Marx se creía a sí mismo el gran verdugo de todas las distracciones psicologistas y espiritualistas que habían desactivado históricamente el ardor revolucionario.

El pensamiento en la sociedad actual

El siglo veinte nos ha traído una avalancha de experiencias y descubrimientos nuevos. De ahí que, cuando se trata de explicar los fenómenos contemporáneos que antes no existían, el pensamiento entendido como un pro-

ducto de la mente, a la manera del siglo diecinueve, es de muy poco valor. Se puede decir que la teoría política del siglo diecinueve está exhausta.

En nuestros tiempos la actividad de pensar equivale a su expresión verbal. Esta expresión consiste en la elaboración de sentencias, de cadenas de afirmaciones que siguen las leyes de la lógica, con la intención de extraer fragmentos de la verdad del asunto que o bien ya se conocían pero de forma desordenada, o simplemente no se conocían en absoluto. El lenguaje es el fundamento del diálogo, de diálogos orales o escritos que trillan las piezas del conocimiento humano. En consecuencia, al pensamiento verbal se le supone capaz de elaborar y expresar actividad cerebral encaminada a expandir la vida de la especie humana en el planeta. La pieza más elemental del discurso es el concepto, que concreta los elementos del discurso y los pone al servicio de su arquitecto como si fueran los ladrillos con los que éste construye su discurso. Sustancias, acciones, emociones evocadas por el encanto poético, fluyen en el discurso articuladas por una mente que, a la vez que intenta pasar un mensaje, ejercita quizá un derecho privado o puede estar desempeñando una función pública.

Para todo teórico moderno, el lenguaje es la expresión más refinada de la acción de pensar. Las ideas son generadas en la mente de alguien y, gracias al lenguaje, toman forma y son compartidas con otros compañeros. El lenguaje en su sentido más amplio, que incluye todo tipo de símbolos e incluso aspectos de la conducta corporal, está constituido esencialmente y es identificado tan fuertemente con el pensamiento que, para algunos lingüistas radicales, el pensamiento nace ya predispuesto por el lenguaje. Estos lingüistas vienen casi a decir que el pensamiento es un criado de las estructuras preparadas de antemano que el lenguaje genera y atesora como moldes para el pensamiento. La insistencia de Heidegger en el uso de imágenes es una dura lucha dentro de la modernidad que espera mantener viva la voz del Ser:

Hablar con imágenes no arranca la raíz de la filosofía. Cava la tierra y ara el suelo para ella (25).

Es curioso observar que el pensamiento ha sido comprendido durante tiempo como una tarea verbal desguarnecida de lo que voy a llamar aquí *el segmento de fantasía*. Todo el mundo sabe por su experiencia personal que,

siempre que se habla o se escribe, hay ciertas imágenes que fluyen en nuestra mente.

Constantemente estamos viendo miríadas de detalles visuales relacionados con el pensamiento en cuestión. Es como si internamente tuviéramos un cuarto, un garaje oscuro quizás, lleno de decenas de televisores en los que se ponen vídeo-clips, vídeos que no se pueden manipular. Esto significa que, sea lo que sea lo que digamos o escribamos, está traspasado intensamente por todas esas imágenes y por los significados que ellas mismas acarrear. No es simplemente una función imaginativa que puede crear imágenes "ex-nihilo" para nuestro esparcimiento o interés, sino más bien sustancia visual resultante de la capacidad involuntaria de fantasía; además, esas imágenes no vienen a la mente cuando se les llama; ni su contenido expresivo está bajo nuestro control selectivo. Muchas de estas imágenes llegan de zonas densas de nuestra creatividad y experiencia que está completamente fuera de nuestra consciencia. Definir esas zonas sólo como inconsciente no sería correcto, ya que equivaldría a definir grandes áreas de nuestra capacidad intelectual que no están bajo control consciente, pero que son muy productivas, en relación a una mucho más pequeña, la llamada consciencia, que supone solamente un pequeño fragmento de nuestra psique. Este error evidente implica que, más que un dominio racional, damos por sentada una viciada dictadura *de facto* de la consciencia sobre el ser completo del individuo y los grupos.

Mientras que alguien da una opinión o dialoga sobre la autoridad o el comunismo, los ojos de esa persona están siendo traspasados por muchas fantasías que contribuyen genéticamente a la formación de sus opiniones o ideas. Esto significa que *si esas fantasías no tuvieran lugar, no habría ningún pensamiento propio del individuo*; y, por consiguiente, también significa que la fantasía *es una parte esencial del pensamiento*. No es un atributo ni una cualidad, pertenece a la esencia del pensamiento.

El pensamiento no puede existir sin la capacidad para generar imágenes. Y las imágenes aportan una gran riqueza a los elementos del pensamiento. No es que la fantasía aparezca en ciertos elementos del pensamiento, o que en determinados tipos de pensamiento participen las imágenes y queden entrelazadas con las ideas y las cadenas de razonamiento trenzadas por la lógica y expresadas por medio de conceptos, verbos y partículas que las interconectan.

Lo que quiero postular es *que en cada pieza de pensamiento, rica o pobre, complicada o simple, concisa o adornada, hay siempre una génesis vi-*

sual que contribuye a su producción. Las imágenes son esenciales en el proceso de pensamiento. Las imágenes fluyen a veces de forma incontrolable y otras parcialmente evocadas por el pensador consciente, pero en todo caso contribuyen de una manera esencial a la elaboración de pensamiento de forma tan importante como la de las habilidades que se requieren para ordenar las palabras o la capacidad para definir los conceptos, o como el despliegue y la química de la significación, del sentido. Walter Benjamin es un moderno permeable que parece sensible a este concepto del pensamiento: "Me ocupan otros pensamientos que no son de los que hablo -pensamientos no, sino imágenes, memorias" (26). Mucho antes, San Agustín había pronunciado casi las mismas palabras, pero dejando intacta la grandiosidad de la memoria. No obstante, en ambos casos sólo encontramos la preocupación con esas imágenes que llegan e interfieren o influyen en la consciencia humana (27).

Al hablar tendemos a creer que estamos utilizando nuestro propio pensamiento, pero olvidamos que nuestras ideas son en parte producidas por todos esos vídeo-clips que atraviesan nuestra mente, y que también son las consecuencias de la elección de muchos elementos tomados del "vertido ideológico" (28) circulante que existe en nuestra sociedad. Nuestro pensamiento es el resultado de una efusión de imágenes y emociones. Y estos se funden con estrategias lógicas y procesos aprendidos mediante los que uno atrapa y organiza conceptos. Finalmente se extraerá una sustancia que va a surgir como si se hallara perfectamente sometida al control de nuestra mente pilotada.

Según este entendimiento de la naturaleza del diálogo, considerar al ego como dueño de su discurso no es aceptable científicamente. Ni ego ni *self* son autores completamente responsables del discurso que sale de nuestra boca. Cuando alguien piensa, ejercita su capacidad para la fantasía, y es precisamente gracias a esa fantasía que su lenguaje incorpora una riqueza extraordinaria de elementos frescos o gastados, adecuados o engañosos, que vienen a la mente y la colorean, impregnando las palabras de intensidad, de valores estéticos y afectando a la variedad y a la resonancia de sus significados.

Como ya hemos visto, en todo este mundo de imágenes el principio de identidad no significa nada, y su actuación está ampliamente abierta a todo el soma. Por eso, pensar es una acción humana muy compleja que no sólo es llevada a cabo por el cerebro, sino también por el soma; en cierto modo, siempre se trata de pensamiento psicosomático.

Pensamiento somático

Una vez que la acción de pensar es entendida en toda su riqueza y no es castrada -castrada no en el sentido freudiano, sino en el que le dan en castellano los apicultores para expresar la acción de sacar miel de la colmena-, el pensamiento aparece como una función liberada y enriquecida en la que el segmento fantástico se encarga de filtrar de la amalgama de pensamiento la esencia de esas imágenes que salen de las franjas inconscientes del *self*.

Pero estas imágenes, esos flashes incontrolados, fluirán con una intensidad, un contenido y un *tempo* que están muy influenciados por el soma. Es casi evidente que si una persona sufre de dolencias en un órgano, digamos una irritación de piel, puede tener ciertos sueños o puede visualizar ciertas cosas que de otra forma no podría en circunstancias normales. Cuando una persona está cansada por la fiebre, y por tanto con sus defensas psíquicas debilitadas, es bastante probable que los vídeo-clips que se activen en su cabeza sean muy distintos de los que vería en una situación normal. Humores diferentes, una profunda *tristesse*, un peligro cercano o un viaje puede activar imágenes especiales y fantasías de gran importancia para el pensamiento del individuo.

El soma, un concepto en el que el propio cerebro está incluido y que está muy abierto a su ambiente, influye poderosamente en estas evocaciones que siguen saliendo después de sortear las barreras obstaculizadoras y que florecen en la zona visible y consciente del espacio interno del individuo. Imágenes que son *in nuce* verdadera sustancia de pensamiento con sus cualidades, riqueza y articulación. En la historia, la importancia del soma en la creación de pensamiento ha sido mejor captada por los políticos prácticos, por los que ejercen el poder, que por los politólogos. Los dirigentes se aperciben en general mucho antes de la importancia del cuerpo y de su control, aunque casi siempre lo hagan de una manera negativa.

Los científicos sociales consideran que todas esas sensaciones corporales que no puedan ser completamente identificadas por una mente transparente -capaz de ordenar y procesar todos los ingredientes que aparecen en el campo de su consciencia luminosa- deben ser canceladas como residuos irreductibles. En teoría esta cancelación no debería tener ninguna consecuencia negativa en la potencia explicativa del pensamiento, ni en la precisión de su razonamiento. Pero claro, no sólo la música, como Nietzsche muy justamente

lamentaba, sino también el color queda casi extirpado del pensamiento occidental moderno.

La consecuencia de un soma profundamente implicado en la producción de pensamiento a través del segmento de fantasía nos lleva al concepto de *pensamiento somático*. Un pensamiento que Nietzsche quizá intuía cuando proponía recobrar la esencia pensante del cuerpo:

No se puede dar crédito a ningún pensamiento en el que no celebren una fiesta los músculos (29).

Esto no significa que el soma piense, como predicaba siniestramente la ideología nazi con su "¡piensa con la sangre!", sino más bien que el soma completo nos habla a través de esa parte esencial del pensamiento que está siempre activada, y que siempre ha sido negada con una tenacidad de siglos que nos habla claramente de la talla del enemigo que afronta. En cierto modo, cuando Marcel Proust reconoce la existencia de su "memoria involuntaria", está recobrando el poder del soma para superar la estrechez de la memoria de la modernidad.

Para la teoría política, la relevancia de todo esto es especialmente profunda. ¿Cómo se puede teorizar sobre la autoridad, sobre la amenaza nuclear, sobre la guerra, sobre el poder y la conspiración perpetua por conseguirlo, sin tener en cuenta el segmento de fantasía que trabaja tan significativamente en la génesis de nuestro *biós theoreticós*?. Me temo que la respuesta es: sencillamente de la misma manera en que se ha venido haciendo hasta ahora, malamente y gracias al genio de un grupo de grandes pensadores que, junto con su talento, mantuvieron viva una capacidad excepcional para rebelarse contra la logocracia. A pesar de todos los oscuros controles circundantes, se las arreglaron para proteger con éxito su capacidad para la fantasía y engendrar un pensamiento creativo contrario al mundo agresivo y reaccionario circundante. Por tanto, mientras dure esta privación dañina para la especie -en la que está tristemente inmersa una humanidad activada mentalmente-, todo creador teórico deberá ser al mismo tiempo un artista demoleedor de mediocridad y un titán cívico.

Notas

1. F.W.J.Schelling (1775-1854), *The Unconditional in Human Knowledge*, traducido por Fritz (Lewisburg: Bucknell University Press, 1980), p. 72.
2. Immanuel Kant (1724-1804), "Letter to Friedrich Schiller", 30 marzo 1795, en Arnulf Zweig, *Kant. Philosophical Correspondence 1759-99*, p. 221.
3. Immanuel Kant "Open Letter on Fichte's Wissenschaftslehre", 7 agosto 1799, en Zweig, *Kant. Philosophical Correspondence 1759-99*, p. 254.
4. Martin Heidegger entiende la crítica de la Razón Pura de Kant como una "lógica a priori para el área del ser llamada "naturaleza" (*apriorische Sachlogik des Seingebiets Natur*). Ver Jürgen Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, (Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1985), p. 171.
5. Giovanni gentile (1875-1944), *The Theory of Mind as Pure Act*, traducido por H. Wildon Carr (London: MacMillan, 1922), p. 256.
6. *Ibid.*, 154.
7. *Ibidem*.
8. Tanabe Hajime (1885-1962) *Philosophy as Metanoetics*, traducido por Takeuchi Yoshinori (Berkeley, Ca.: University of california Press, 1986), p. 72.
9. William James (1842-1910), *The Principles of Psychology*, 2 vols. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1981), vol. I, p. 219.
10. Gentile, *The Theory of Mind as Pure Act*, p. 155.
11. *Ibid.*, 154.
12. Friedrich Nietzsche (1844-1900), *Human All Too Human*, traducido por Helen Zimmern (Edinburg: T.N. Foulis, 1909), no. 225, p. 210.
13. Niccolò Machiavelli (1469-1527), "Letter from Florence to Francesco Vettori in Rome", 25 de febrero, 1513, en Niccolò Machiavelli, *Machiavelli. The Chief Works and Others*, traducido por Allan Gilbert, 3 vols. (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1965), vol. II, p. 941.
14. Nietzsche, *Human All Too Human*, no. 225, p. 210.
15. Melanie Klein (1882-1960), *Envy and Gratitude and Other Works 1946-63*, (Delacorte Press/Seymour Lawrence, 1975), p. 219.
16. "los sueños dogmáticos y las distorsiones de estos tipos (los ideólogos); esto se explica perfectamente bien desde su posición práctica en la vida, su vida, su oficio y la división del trabajo. "Friedrich Engels (1820-95) y Karl Marx (1818-83), "The German Ideology (1845-46)", primera edición de 1932, Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, 2da. edición (New York: W.W. Norton, 1978), 146.
17. Habermas lamenta que Heidegger no preste atención a la distinción entre *Vernunft* (razón) y *Verstand* (entendimiento), una diferencia básica "a partir de la cual hegel todavía quiere desarrollar la ilustración dialéctica". Habermas *Der philosophische Diskurs der Moderne*, p. 142 versión americana.

18. "Person is Aktivvollzieher". Citado por Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, p. 171.
19. Engels y Marx "The German Ideology (1845-46), Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, p. 171.
20. Alexander y Margarette Mitscherlich, *The Inability to Mourn*, (New York: Gorve, 1950), p. 28.
21. Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, p. 159.
22. Martin Heidegger (1889-1976), *Nietzsche*, 3 volúmenes, traducción de David Farrell Kress (San Francisco: Harper and Row, 1984), vol. II, p. 100.
23. Karl Marx, "Manifiesto of the Comunist Party", en Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, p. 476. Ver también Marshall Berman, *All that is Solid Melts into Air* (New York: Simon and Schuster, 1982), pp. 92 y ss.
24. Hans-georg Gadamer, *Verdad y Método*, (Salamanca, Sígueme, 1977), pp. 544-7. Una interesante reflexión sobre este punto se puede encontrar en Gianni Vattimo, *El Fin de la Modernidad*, (Barcelona: Gedisa, 1987), cap. VIII.
25. Martin Heidegger, "Letter on Humanism" in *Basic Writings* (Londres, 1978), p. 235; citado por Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, p. 166.
26. Walter Benjamin (1892-1940), *Illuminations* (New York: Harcourt, Brace and World, 1968), p.67.
27. San Agustín escribe en sus *Confesiones* palabras casi idénticas: "*cum dico, praesto sunt imagines omnium quae dico eodem thesauro memoriae, nec omnino aliquid eorum dicerem, si defuissent*" (cuando hablo, rápidamente me vienen imágenes de todo lo que digo, repartidas por el mismo tesoro de la memoria), *Confesiones* (París: Les Belles Lettres, 1961), *liber decimus*, 14; tome II, p. 250. Para San Agustín la memoria es "un santuario inmenso" siempre incontrolable: "*Quis ad fundum eius peruenit?*" (¿Quién ha penetrado hasta el fondo?). *Ibid.*, *liber decimus*, 15; t.II, p. 250.
28. Para una mayor elaboración de este concepto, ver Javier Roiz, "Las raíces del anti-americanismo", en Paul E. Sigmund y Javier Roiz, eds. *Poder, Sociedad y Estado en USA*, (Barcelona: Teide, 1985), *passim*. Aunque en una línea teórica muy diferente a la aquí postulada, es interesante consultar sobre este punto las reflexiones de Hans Gadamer en su obra, *Verdad y Método*, pp. 526-47.
29. Friedrich Nietzsche, "Ecce Homo", en Friedrich Nietzsche, *Werke in Drei Bände*, edición de Karla Schlechta (München: Carl Hanser, 1955), II, pp. 1084-5.